



# EL QUIJOTE



Adaptación para jóvenes lectores de  
**HORACIO CLEMENTE**  
ILUSTRACIONES: IÑAKI ECHEVERRÍA



Adaptación para jóvenes lectores de  
**HORACIO CLEMENTE**  
ILUSTRACIONES: IÑAKI ECHEVERRÍA



EDITORIAL HOLA CHICOS  
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.  
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998  
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar  
www.holachicos.com.ar

#### EL QUIJOTE

Autores: Horacio Clemente  
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich  
Ilustraciones: Iñaki Echeverría

ISBN: 978-987-4007-07-0

Producción gráfica de 1.000 ejemplares realizada por Printerra SRL  
Abril 2016

Cervantes Saavedra, Miguel de  
El Quijote / Miguel de Cervantes Saavedra ; adaptado por Horacio  
Clemente ; ilustrado por Iñaki Echeverría. - 1a reimp adaptada. - Ciu-  
dad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2016.  
248 p. : il. ; 14 x 20 cm. - (Clásicos ; 1)

ISBN 978-987-4007-07-0

1. Novelas de Aventuras. I. Clemente, Horacio, adap. II. Echeverría,  
Iñaki, ilus. III. Título.  
CDD 863

© 2016 Hola Chicos S.R.L.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723  
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la  
transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier  
medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros  
métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por  
las leyes 11723 y 25446.



## ÍNDICE

<b>EXPLICACIÓN</b> .....	5
<b>PRÓLOGO</b> .....	7
<b>CAPÍTULO 1</b> De por qué don Quijote quiso ser caballero andante, y de las locuras que cometió.....	11
<b>CAPÍTULO 2</b> De la aventura con unos mercaderes, y otras barbaridades que hizo don Quijote antes y después de esa aventura.....	21
<b>CAPÍTULO 3</b> De la gran pelea que tuvo don Quijote con los molinos de viento, y otras apasionantes confusiones.....	35
<b>CAPÍTULO 4</b> De los nuevos amores que tuvo don Quijote, y de los espantosos encantamientos que sufrió junto a Sancho..	49
<b>CAPÍTULO 5</b> De cómo don Quijote venció a un poderoso ejército, de cómo conquistó el yelmo de oro, y de cómo casóse con la hija de un rey.....	63
<b>CAPÍTULO 6</b> De cómo don Quijote se convirtió en libertador y en amante penitente.....	77
<b>CAPÍTULO 7</b> De las historias de amor que se contaron en Sierra Morena mientras don Quijote suspiraba por Dulcinea.....	91
<b>CAPÍTULO 8</b> Donde se demuestra que el amor siempre triunfa, y se cuenta la forma en que don Quijote fue desarmado caballero .....	105

<b>CAPÍTULO 9</b>	
De cómo don Quijote volvió a escaparse de su casa, y de cómo creció su fama y se expandió . . . . .	119
<b>CAPÍTULO 10</b>	
De un endiablado enemigo que desafió a don Quijote, y de cómo éste combatió con los leones del rey . . . . .	133
<b>CAPÍTULO 11</b>	
Donde se habla de comidas y casamientos fastuosos, y se cuenta lo que vio don Quijote en una cueva de fantasmas . . . . .	147
<b>CAPÍTULO 12</b>	
De las guerras que don Quijote no provocó, de otras en las que sí tuvo la culpa, y de algunas vergüenzas que pasó . . . . .	161
<b>CAPÍTULO 13</b>	
De cómo Dulcinea cambió la voz, de cómo lloraron unas barbudas, y de cómo viajaron don Quijote y Sancho en un caballo volador . . . . .	177
<b>CAPÍTULO 14</b>	
Que cuenta cómo Sancho se hizo gobernador, y cómo gobernó de bien, aconsejado por don Quijote . . . . .	191
<b>CAPÍTULO 15</b>	
De cómo terminó Sancho su accidentado gobierno, y de cómo don Quijote se batió en duelo por segunda vez . . . . .	205
<b>CAPÍTULO 16</b>	
De cómo don Quijote volvió a su casa, de cómo se curó, y de cómo se despidió de todos . . . . .	219
<b>PALABRAS FINALES</b> . . . . .	239
<b>VOCABULARIO</b> . . . . .	241

## EXPLICACIÓN

*Esta narración en dieciséis capítulos unitarios destinada a jóvenes lectores es el resultado de las reiteradas lecturas que hice del Quijote en el transcurso de mi vida, desde antes de que nacieran mis hijos y después de que nacieran, leyéndoselos a ellos cuando pequeños, seleccionando y adaptándolo verbalmente a fin de que lo pudieran entender y disfrutar. Al escribirla y al releerla luego para su corrección, tuve principalmente en cuenta: tres ediciones del Quijote con sendas notas y comentarios de Luis Andrés Murillo, Martín de Riquer y Celina Sabor de Cortazar-Isaías Lerner; la lectura (muy escabrosa para mí, por lo que la abandoné enseguida) de una edición en el español que escribía Cervantes, con su grafía incluida; notas y comentarios de Francisco Rodríguez Marín a propósito de “Rinconete y Cortadillo”; “Vida de don Quijote y Sancho”, de Miguel de Unamuno; “Cervantes, la invención del Quijote”, de Arturo Marasso; “Elogio de la locura”, de Erasmo; “La Jofaina Maravillosa”, de Gerchunoff; ensayos sobre Cervantes y el Quijote de Karl Vossler, Jean Cassou y Ernest Bloch; y dos películas: “El Don Quijote de Orson Welles” y “Don Quijote”, del ruso Grigori Kozinzew, más la miniserie para televisión del español Manuel Gutiérrez Aragón.*

• • •

*Comenzaré a narrar las aventuras de don Quijote. Pero mal lo haría si desde ya no pidiera la protección de su autor, Miguel de Cervantes, inventor del héroe más carismático, loco, jocoso y audaz de la historia de la caballería andante y hasta de la literatura toda. A Cervantes, pues, me encomiendo, y para cobijarme en su paternal apoyo —del que ojalá no me prive durante la tarea—, empiezo como él lo hizo, con un prólogo y con la sencilla frase con que lo inició y que se convirtió en famosa.*

• • •

---

*Nota del editor:*

A lo largo del libro encontrarán palabras resaltadas. Son las que pensamos que pueden haberlas no leído ni escuchado antes, y se las explica el autor en el vocabulario que encontrarán al final del libro.

## PRÓLOGO

“Desocupado lector:”, con esas dos inocuas palabritas y esos dos puntos, Miguel de Cervantes Saavedra dio comienzo al prólogo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, obra que escribió en España y cuya primera parte publicó en 1605, cuando ninguno de nosotros había nacido (la segunda apareció en 1615). Quién podría suponer, al leerlas, que partiendo de semejante llaneza, fuéramos a internarnos en novela tan maravillosa, una de las de mayor influencia en el vasto mundo.

En dicho prólogo, Miguel de Cervantes nos cuenta varios asuntos, casi todos muy complicados de entender para las personas del siglo XXI si no es con el auxilio de alguien que conozca mucho, no sólo de la novela, sino de su autor, de sus lecturas, de la época en la que vivió y del castellano que se hablaba en aquellos tiempos. Alguien que, además, tenga la buena voluntad de explicarnos.

De lo que pude entender al leer el prólogo que escribió Cervantes está, por ejemplo, eso de que él quiso escribir una historia que hiciera reír mucho a sus lectores, por más tristes que éstos fueran, y que si eran alegres, se rieran más que nunca.

Afirma que los personajes de una novela son como hijos del que los inventa, y que si un escritor vive en el mejor de los mundos y en el centro de un jardín florido, esos hijos le saldrán bellos, sanos y esbeltos, mientras que si vive acuciado por las



privaciones y las necesidades, sus personajes le nacerán con falla. Se considera no padre de don Quijote, sino padraastro, y nos dice que lo imaginó mientras pasaba sus duros días en una cárcel. No se sabe hasta hoy si lo de imaginarlo en la cárcel fue sólo una metáfora para referirse a la dura existencia que le tocó vivir, pero que Miguel de Cervantes estuvo preso, y más de una vez, y por ser pobre, sí se sabe y es verdad.

También dice que lo que quiere es ridiculizar las novelas de caballerías. Esas novelas hacían furor en los años de Cervantes. El público —tanto los que sabían leer, que eran los menos, como los analfabetos, que se las hacían contar— se tragaba a montones esas extravagancias, algo similar a lo que sucede hoy con las historias de terror o con los libros de dinosaurios.

Sin embargo, no es mi tarea resumir ese prólogo o dar cátedra de lo que no entiendo, sobre todo, teniendo en cuenta lo que algunos han dicho: que aunque ésta es una novela a la que siempre se vuelve como a esos amores a los que uno está como pegado, nadie puede tratar de interpretarla sin engañarse. Es, por lo tanto, una obra no sólo llena de páginas, sino de misterio, y lo mejor que yo pueda hacer (con un diccionario al lado, eso sí), será tratar de entresacar, y de sintetizar lo más divertidamente que pueda, una buena parte de las aventuras por las que pasó don Quijote. Y por las que pasó su ayudante, Sancho Panza, por supuesto. Y también Dulcinea, la tosca y ruda novia del Quijote a quien él veía bella y delicada como una flor. Y su caballo, el bruto Rocinante, quien consideraba a don Quijote y a Sancho Panza tan brutos como él.

En lo que a mí respecta, por otra parte, no estuve preso, o sí, aunque sólo por una noche y su madrugada, y en esas pocas horas no escribí ningún libro, ni nada se me ocurrió hacer que no fuera chillar para que me libertaran.

Pero sí creo que merecería estar preso por intentar, justamente, contar lo que ya se contó tan bien, o sea, por recontar nada menos que el don Quijote.

Claro que entonces deberían ir presos también los amigos que me indujeron a hacerlo, ya que si lo cuento es porque hubo varios que me lo pidieron.

Encarcelados o no, nadie negará que es loable nuestra intención: ofrecer una versión de esas inusitadas aventuras para que los más jóvenes (y los grandes) las conozcan, les pierdan el miedo, se diviertan leyéndolas, saquen conclusiones de esa lectura, y aprendan acerca de todo lo que nos puede suceder cuando nos volvemos más locos de lo razonable. Porque don Quijote fue eso: un loco de atar, al menos en apariencia.

Finalmente, adelanto que en algunos pasajes de esta versión aparecerán textos entre comillas; son los que reproduciré textualmente de la novela original, aunque no con la grafía del castellano antiguo, tal como Cervantes lo escribió.

¡Pero basta de lata, y empecemos!

• • •



## CAPÍTULO 1

### DE POR QUÉ DON QUIJOTE QUISO SER CABALLERO ANDANTE, Y DE LAS LOCURAS QUE COMETIÓ

“**E**n un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme”, vivía un señor, especie de noble venido a menos, que en su casa conservaba varias reliquias mohosas que había heredado de sus antepasados ilustres y ricachones. Entre esos restos venerables, pero sin utilidad alguna, salvo para que el pobretón del que hablamos se diera corte con los vecinos, figuraban una armadura, una lanza en desuso y una **adarga** fuera de moda.

El hombre era un hidalgo, título que por su linaje recibían en aquellos siglos los nobles, incluidos los empobrecidos. Suponemos que había nacido a mediados del siglo XVI, pues para el tiempo en que escribió esta historia (principios del 1600), Cervantes nos da noticias de que este hidalgo sin plata era un grandulón de cincuenta años más o menos. Se llamaba Quejana de apellido, aunque algunos —no se sabe por qué— le decían Quesada y otros Quijana.

De lejos se notaba que vivía en la indigencia, pues aunque era de complexión recia y fuerte, se lo veía seco y consumido. Era claro que se alimentaba mal, que un día no almorzaba y otro tampoco, y que las más de las veces se contentaba con lentejas o salpicón de pajaritos.

Pese a todo, se daba el lujo de tener una empleada cuarentona y fiel, que hacía de ama de llaves y que —tal como ocurre ahora— tra-

bajaría por nada o a lo sumo por el café con leche. Con el hidalgo vivía también una sobrina que no llegaba a los veinte, y un muchacho, especie de mandadero, de quien sospecho que se retiró enseguida, ya que Cervantes no lo vuelve a mencionar en el resto de la novela.

Quijana —o Quesada— no comería, pero, en cambio, devoraba. Y lo que devoraba eran libros, ya que leía sin parar. Como trabajo no tenía, y como llevaba una vida sedentaria y recluida (aunque a veces iba a cazar), se la pasaba leyendo porquerías. Esas porquerías eran las historias de caballeros andantes, los superhéroes de aquella época, que aunque también y según las circunstancias volaban por los cielos, lo más común era que anduvieran a caballo, trotando de un castillo a otro para poner justicia en donde se cometiera la menor indignidad, enamorar princesas fueran solteras o casadas, pelear con gigantes, dragones, magos, brujos y sufrir toda clase de encantamientos.

Y lo peor es que, paulatinamente, fue vendiendo lo poco que le quedaba para hacerse de algún dinero y seguir comprando esos libros.

Los leía de cabo a rabo, sin perderse ni un punto ni una coma, y se entusiasmaba tanto con ese cúmulo de leyendas, que ya se veía él convertido en caballero andante y saliendo por esos mundos a cometer estropicios que le dieran fama y aplausos.

Esos caballeros que iban de un lado a otro para hacer obras, solos y por su cuenta y riesgo, no existían más, si es que alguna vez habían existido, pues, por lo que los historiadores dicen, los caballeros de la realidad cabalgaban, es cierto, pero en patota y para robar y sojuzgar a los pobres. Para desgracia, los libros que los sublimaron adjudicándoles acciones siempre humanitarias, además de fantásticas, usaban un lenguaje tan sofisticado y anacrónico que nadie los entendía del todo. Párrafos como “...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del

merecimiento que merece la vuestra grandeza” dejaban desorientado al cincuentón, y al devanarse los sesos para desentrañar el sentido de tales palabreríos, perdiendo el sueño en el intento de comprenderlos, se fue poniendo más loco que una cabra.

Otra peculiaridad que tenían esas novelas de caballerías (todavía hay algunas que se consiguen), es que de pronto quedaban con el final inconcluso, prometiendo su autor continuarlas en un siguiente libro. Esto también se usa aún, y aunque el recurso como se ve es más viejo que yo, algunos podrían creer que es un invento de nuestra época. Hoy las llamaríamos “novelas por entrega” o algo así. La cuestión es que el hidalgo se tiraba de los pelos cuando llegaba al final y se encontraba con que el tal final era un comienzo, y que luego de ese comienzo, venía otro final que también se convertía en principio. Tan intensa era la ansiedad que le agarraba por saber en qué podría terminar lo que estaba leyendo, que ahí mismo les hubiera puesto cualquier final o las hubiera continuado según su gusto y gana. Más o menos lo mismo que puede suceder con los chicos cuando les damos a leer alguna historia a medio hacer para que le inventen un final y con la peregrina idea de activarles la imaginación. Sería bueno que reparáramos en aquel hidalgo y en lo que terminó.

Es que se tomaba tan en serio aquellas mentiras, que a todas las creía. Sabía de memoria el nombre de cada caballero, por más ridículo que fuera, y cuando leía, por ejemplo, que el Caballero de la Ardiente Espada había peleado con dos gigantes y que los había partido en dos de un solo revés, él no lo consideraba cuento, sino la más pura verdad. Con esa misma convicción, es que muchas veces charlaba con el cura de su parroquia y con el barbero del pueblo, discutiendo con ellos sobre si tal caballero era mejor que el otro, o si uno que se llamaba Amadís de Gaula le ganaba a otro que se llamaba Palmarín de Inglaterra.

Porque el cura de su parroquia tampoco se libraba de esas lecturas (nadie se libraba en esos tiempos, ya lo dije). Sin embargo, no sufría del mismo encandilamiento ni se tomaba por verdad lo que era pura ficción. Y lo propio pasaba con el barbero, aunque era un poco más fanático que el cura, quizá porque los barberos, debido a su oficio, algo de brujos tenían, ya que ejercían el curanderismo.

Resumiendo: aquel ingenuo, después de leer tanta fabulación, fue perdiendo paulatinamente el juicio hasta que se quedó sin él. De medio loco llegó a loco entero. Y como tal, tuvo la gran idea: convertirse en caballero andante, pasar de la lectura a los hechos y salir a pelearse con el mundo.

Para convertirse en caballero andante tenía que ponerse armadura y utilizar las armas que ellos, supuestamente, habían usado. De toda la chatarra que le quedaba, escogió una coraza y un morrión. Según la enciclopedia que yo tengo, morrión es un poderoso casco de hierro —algunos de ala ancha—, de los que usaban Pedro de Mendoza y otros depredadores, que así como protege la cabeza de cualquier mazazo, en verano tiene el pequeño inconveniente de que la achicharra de calor. El morrión que usaban los caballeros era de celada de encaje, que es una especie de malla de metal que va debajo del morrión, rodea la cabeza y llega hasta los hombros, cubriendo el cuello para que nadie lo atravesara a uno de un lanzazo o lo degüella de una cuchillada. El equipo era más pesado que una grúa, pero así cabalgaban esos caballeros simulando ser tanques, y así se movilizaban lo más campantes y livianos como quien se pasea en calzoncillos, y así luchaban, dormían, comían, amaban y hacían sus necesidades.

El morrión que tenía este señor no era de ala ancha, sino simple, y además de estar carcomido por la roña y el óxido, tampoco tenía celada, mas él —por algo pasó a la historia como ingenioso—, se fabricó una de cartón. Para probar si servía, agarró la

espada —oxidada también— y le dio dos furibundos golpes. La celada de cartón se hizo trizas. Entonces la rehízo, la reforzó con unos hierros, y se quedó lo más campante y orgulloso.

Todo eso le llevó una semana, que pasó frotando para sacar la herrumbre del morrión y de la armadura hasta que los dejó brillantes como un sol. Después tuvo que conseguirse un caballo, un caballo que estuviera a la altura de las hazañas que deberían emprender, que fuera más brioso, valiente y decidido que el mismísimo Bucéfalo de Alejandro Magno, o que el Babieca del Cid.

Nuestro hidalgo ya tenía caballo, un rocín que por viejo, flaco, hambriento y achacoso, era todo lo contrario del ideal. Sin embargo lo tomó por bueno, pues como estaba loco, empezó a verlo como el mejor y más fornido caballo de la historia. Le puso un nombre, el más rimbombante que se le ocurrió luego de pasarse cuatro días pensándolo: ya que al caballo se lo denomina también rocín, y si rocín había sido antes, combinando *antes* con *rocín*, lo llamó Rocinante, con la certeza de que si antes había sido sólo rocín, ahora, con el agregado, le sumaba dignidad y lo convertía en un rocín más importante que antes.

Rocinante puro huesos, armadura y morrión a punto de hacerse añicos si los soplabas muy fuerte, la lanza que agregó y que se partía tan sólo de mirarla, espada de mellado filo, y ya se sintió como el caballero andante más formidable y valeroso. Lo que le quedaba era largarse por esos caminos de España y empezar a combatir injusticias, proteger niños y mujeres golpeados, perseguir bandidos, pelear con otros caballeros, abatir magos y enamorar a todas las damas, doncellas, reinas y princesas que se le pusieran delante. Soñaba con encontrar algún castillo encantado donde su dueña estuviera prisionera para liberarla audazmente; soñaba con aplastar ejércitos de enemigos. Realmente, mucho más que lo que cualquiera de nosotros pudiera hacer.



Sin embargo, antes de salir a buscar lío y aventuras, se acordó de otra cosa: su propio nombre. Lo mismo que les sucede a muchas personas, le pareció poca cosa llamarse como se llamaba, sobre todo porque su nombre no le sonaba para héroe. Debía ser algo más rumboso y llamativo. Y entonces se bautizó *don Quijote*. Y como pensó que la fama que adquiriría por sus hazañas honraría especialmente a la región en la que vivía y había nacido, e imitando a los caballeros andantes de las novelas, quienes a su nombre propio le agregaban el de su lugar de origen, se puso *de la Mancha*, ya que de La Mancha era.

Ahora sí: don Quijote de la Mancha, convertido en caballero, próximo a montar en su ya famoso caballo Rocinante, quien vaya a saber uno si podría soportar el peso, se aprestó para su primera aventura.

Pero se acordó de una cosa más.

Todos los caballeros andantes, pese a ser irresistibles seductores y enamoradizos por naturaleza, tenían una novia predilecta a la que amaban como a ninguna. Aunque se pasaban fuera del hogar y se alejaban por años, nunca dejaban de quererla ni de homenajearla. Cuando realizaban alguna hazaña —por ejemplo vencer gigantes, destrozar brujos, derrumbar palacios a puntapiés, conquistar islas misteriosas y hundir continentes—, todos esos triunfos los dedicaban a esa novia, y, además, enviaban mensajeros para que ella —siempre en su casa, esperando— recibiera las noticias junto con la dedicatoria, y se emocionara —y enorgulleciera— con lo que le contaban.

No se sabe si las conquistas amorosas que concretaban por ahí, también se las contaban a sus novias los caballeros andantes, pero don Quijote no iba a ser menos que ninguno, y jamás se hubiera permitido no tener una etérea y hermosa joven a quien amar y dedicar sus hazañas.

Cerca de él vivía una aldeana: Aldonza Lorenzo; no era fea en verdad; pero hecha a trabajar en los surcos, en lugar de etérea, era robusta y ruda. Don Quijote la venía observando, y desde que la vio, se enamoró. La Aldonza no lo supo, no sólo porque él no se animó a confesárselo, sino porque ella ni se enteró de que él existía. A esa eligió don Quijote. También le buscó otro nombre: Dulcinea. Y como el lugar en el que ella vivía se llamaba Toboso, se lo adosó.

Y así, sin que la Lorenzo tuviera información de esa novedad, Dulcinea del Toboso se convirtió —sin que la consultaran— en la dulcísima, bellísima, delicadísima y enamoradísima novia de don Quijote de la Mancha.

Esta vez sí: seguro de no haber olvidado ningún detalle, se apercebó para marchar. Incluso, supuso que ya habría algún cronista dispuesto a escribir y publicar sus hazañas. Evidentemente, el chiflado aquel estaba seguro de que alcanzaría la fama. En esto no se equivocó. Aunque si la alcanzó, fue por causas muy diferentes.

Fue la cuestión que una noche, durante el verano español —julio, para ser precisos—, quizás por la canícula insoportable que no lo dejaría dormir, quizás porque estaba más obsesionado que otras veces, todo transpirado se levantó de la cama antes del amanecer y, con las primeras luces del alba, se puso en marcha montado en Rocinante. Lo hizo con la armadura puesta y cargado de aquellas armas fuera de moda y de uso, yéndose por la puerta del fondo de su casa, sin avisar nada, sin despedirse de nadie. Se veía libre, intrépido y seductor. Intrépido era, de lo contrario no hubiera hecho lo que estaba haciendo ni haría lo que iba a hacer.

De los varios caminos que surcaban los agrestes y solitarios paisajes de la Mancha, decidió seguir el que su caballo eligiera; esto le provocaba suspenso y emoción. ¿Qué gran aventura le sorprendería? ¿Una lucha con otro caballero, con algún sabio

que supiera hacer magia o encantamientos? Mentalmente se encomendó a su novia imaginaria, Dulcinea del Toboso, a quien ya suponía suspirando por él y lagrimeando por su ausencia, y él mismo tiró besos al aire para que le llegaran a ella, y a ella le rogó que lo protegiera y que le insuflara valor y ánimo en las batallas.

Pero surgió un inconveniente: según las reglas de la caballería, para ser caballero andante nadie podía adjudicarse ese título por sí mismo; alguien se lo tenía que otorgar. Y ese alguien no podía ser un cualquiera, sino una persona de prosapia, un príncipe, por ejemplo, o un rey, u otro caballero. El nombramiento se hacía en la capilla de algún palacio o de un castillo, donde el candidato debía pasarse la noche delante de sus armas, sin dormirse, y de pie; a este acto se lo llamaba *velar las armas*. Luego de eso, se hincaba ante la persona de alcurnia y ésta, pronunciando oraciones y recabando juramentos, le aplicaba un golpecito en la nuca o en el hombro. Ese golpecito —*el espaldarazo*, que le decían— podían dárselo con la palma de la mano o con la parte plana de la espada, pero, lo fundamental, era que gracias a ese rito de iniciación, se convertían en caballeros y accedían a ciertos privilegios, como pelear con otros caballeros o seducir a las mejores damas de la realeza.

Don Quijote se acordó de ese pequeño detalle, pero no se inmutó: copiando a ciertos héroes de sus novelas, se haría nombrar por el primer linajudo que se cruzara en el camino. Cuando uno está loco, todo lo resuelve fácil.

Durante la mañana y la tarde no se cruzó con nadie, ni siquiera con un mísero gigante, pero al anochecer, tuvo suerte.

Lo de la suerte es un decir, porque ya veremos qué sucedió.

Cuando él y su caballo no daban más del hambre, del cansancio y de la sed, avistó una venta. Las ventas eran amplias posadas para gente de paso y en las que se admitían no sólo a las personas, sino

también a los animales que con ellas venían: vacas, cabras, caballos, mulos o puercos. Carecían del menor confort; les sobraba roña. Al dueño o encargado se lo llamaba ventero, normalmente tan sucio y rudo como la propia venta. A la puerta de ésta a la que llegó don Quijote había dos mujeres jóvenes, amigas de unos arrieros que estaban descansando en la venta; a estas dos muchachas Cervantes las llama “del partido”, no porque jugaran algún partido, sino porque en su época era común y corriente denominar así a las mujeres cuyo “deporte” era tratar de conquistar hombres y atraerlos con halagos para sacarles plata. Sin embargo, don Quijote vio todo mal; mejor dicho, vio todo cómo más avenía a su calidad de caballero andante: vio que la venta era castillo, y tomó a las mujeres por dos representantes de la nobleza, hijas, posiblemente, del dueño del castillo.

Fue acercándose a ellas con altivez y aire de gran señor, tratando de animar el vacilante paso de Rocinante, que se caía del sueño. En ese momento, un porquero, que trataba de llamar a sus cerdos para encerrarlos en el corral, hizo sonar un cuerno. Don Quijote creyó que era un enanito misterioso que lo anunciaba y recibía con música, homenajeándolo. Más firme se hizo, entonces, su idea de estar ante un magnífico castillo, encantado tal vez.

Y por creer en lo que creyó, armó la de San Quintín.

Pero eso se verá en el capítulo que viene, donde pasa de todo. Espero que para saber cómo prosigue la historia puedan aguardar con calma a leer ese capítulo y que sosieguen la expectativa. No se angustien ni se anticipen tratando de continuar ustedes a éste o de ponerle otro final, tal como quería hacer el hidalgo con las novelas que leía y antes de transformarse en caballero andante. Confío en que no lo intentarán. Pero como nunca se sabe, lo prevengo.

